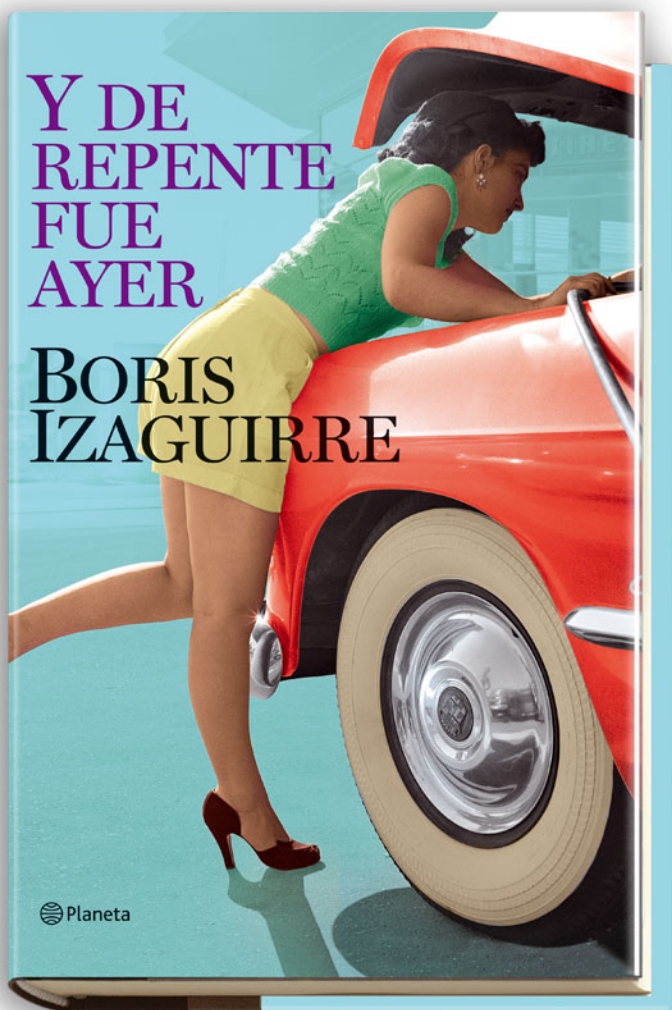


1er. Capítulo

Y de repente fue ayer

Boris Izaguirre



La nueva y esperada novela de Boris Izaguirre

Boris Izaguirre



Y de repente fue ayer

LA FIESTA

Si algún día reúnes el suficiente coraje, puedes intentar nadar hasta alcanzar un punto determinado frente a la isla. Exactamente enfrente, el sol te lo indica. Su luz parece suspenderse sobre el mar como si lo respetara tanto que prefiriera no atravesarlo. Allí, recuerda que has llegado repleto de valentía. Más que buscando la brisa que otros siempre anhelan, esperarás a que un brazo marino, fuerte como el de los guajiros que recogen la caña cada día, te agarre y te sumerja y tire de ti. Notarás como si una mano gigantesca te asiera por la cintura para hundirte, para empujarte hacia abajo, hacia lo profundo. Déjate llevar, bajarás por un cilindro de luz en absoluto semejante a la del sol. Es una luz distinta. Déjate llevar. Sola contigo, como insuflándote un aliento de muy lejos, como la zarpa de un animal que espera cazarte, si te dejas guiar por ella sin luchar, la luz te permitirá verlo. El pasadizo, sí, Efraín, el pasadizo que une las costas de la isla debajo del mar.

Efraín sintió que su pulgar tocaba la madera blanca de la habitación. Al mismo tiempo intentó estirar el cuello hacia la izquierda, esperando que nada a su alrededor decidiera moverse junto a él y provocara un acelerón en su cabeza. Demasiado tarde, ya empezaba a sentir la aproximación de

las marimbas, de nuevo, y, detrás, los compases de las cuerdas tensas de las guitarras, y poco a poco, las maracas marcando el ritmo repetitivo, incesante, al que se sumarían primero los violines y después el saxofón del Catire.

La fiesta no terminaba nunca. Mira que había luchado por no cerrar los ojos y permitirle al sueño colocar silenciosamente las cobras feroces del resacón dentro de su cabeza, esperando agazapadas para poder deslizarse a cualquier esquina de su cerebro. Si abría los ojos antes de terminar ese estirar, tan lenta, lentísimamente el cuello hacia la izquierda, no sería capaz de ver nada y la orquesta invisible perdería todo control. Ay, Catire, por qué todas las noches tienen que terminar igual, todas las mañanas empezar peor.

Creía estar oyendo la voz del pasado, siempre esa misma historia del túnel en medio del mar que permite atravesar la isla, esta vez gracias con toda probabilidad a esa nueva mezcla de tequila y ron que el Catire había decidido bautizar con su nombre, el «Mojito Rotundo». Le parecía como si en cualquier momento Evaristo fuera a aparecersele y llevarle hacia el puerto, ese sol alborotando los ratones, las gallinas, los caimanes, las cobras asesinas, las liebres gigantes, todos los habitantes de su cerebro deseosos de más alcohol.

Efraín, hombre, vas a tener que hacerlo: abre los ojos.

Como si todas las neveras de la isla hubieran sido colocadas una sobre otra formando un muro infranqueable que bloqueara el espejo del mar, lo vio todo blanco. Un golpe. Una sucesión interminable de paredes. Una cascada de olas. Una cabaretera agitándose dentro de la espuma. No, no era su madre, tampoco Aurora. Una cabaretera y punto. Las cobras del resacón habían decidido que se trataría de una cabaretera y una cabaretera era. Vestida de blanco y blanca también ella, como si fuera gallega. Blanco, seguía viendo blanco. Un ojo que se pierde hacia atrás y es sólo córnea. Las uñas del negro Prieto cortando sin mache-

te la caña. El blanco que se negaba a irse y no le dejaba cerrar los ojos de nuevo. Esa ola increíble escapada del mar y detenida frente a él, ahí, ante la cama con las sábanas en el suelo, el brazo de alguien colgando en una de sus esquinas y las marimbas y las guitarras esperando ese gesto, el decisivo, del director de la orquesta invisible para que la ola cayera derrumbándose furiosa alrededor, dentro de él, dando la señal para que los ratones y las cobras de la resaca comenzaran a gritar y empujaran todo lo que había dentro de su cabeza.

Que se vaya el blanco. Que se muerdan entre sí las cobras, que se queden sin patas las liebres. No podía gritar. La ola nunca caía, hija de puta, ola de mierda, toda la vida suspendida sobre él como una boca abierta que nunca decidía cerrarse. Las cobras, ¿por qué no se asustan como las gallinas y empiezan a romperle la cabeza a mordiscos, con la punta de sus colas o sus lenguas viperinas, buscando huecos a través de sus párpados?

«Ay —dijo al fin—. Ay, coño», prosiguió. Y empezó a llorar y a recordar a las novias del negro Prieto avanzando hacia los campos al amanecer, cantando y moviendo las caderas y las manos como si estuvieran en África. No podía recordar esas palabras, y mira que las había utilizado en innumerables ocasiones para los diálogos de las escenas. Ayuma, ayumay, deja que el calor me ponga más negra, y las caderas gigantes meciéndose mientras las risas enseñaban indiscretas aquellos dientes blancos y enormes. «Ay», dijo otra vez, las negras de Prieto, tanto amor le dieron...

Estiró el brazo izquierdo. ¿Estaba de pie?, ¿tumbado? Sintió el olor de la madera. «Dios mío, Catire, ¿qué nos has puesto en el tequila?», creyó decir. Nadie le respondió. De pronto, un largo silencio y se sintió en calma. Al fondo, por fin, como siempre, las olas rompiendo en la orilla.

Había sobrevivido otra mañana más.

No vio ninguna serpiente, ningún ratón rodeándole y royendo su piel como otros despertares, otros resacaones. A lo mejor, se sorprendió, era verdad que el tequila no era tan malo y un milagro estaba sucediéndole, y ese horrible despertar se disipaba con la rapidez del tren que llevaba a los chinos a Camagüey. Entonces oyó claramente que le hablaban: «Cuba, camaradas, no es más que una isla en espera de un reto. Ahora es el reto. El de ser capaces de enfrentarnos al enemigo mirándole a los ojos, llamándole por su nombre y recordándole el nuestro. Somos vencedores, somos propietarios de nuestro destino. Somos la Revolución. Somos Cuba, Libre y Socialista.»

Al fondo, la aclamación del pueblo, el ruido de las banderas que se agitaban, que se mecían con el estruendo de la emoción del pueblo y el viento. Igual que las maracas y las marimbas de la orquesta invisible, iba creciendo el despliegue de un nuevo instrumento como las alas de un pterodáctilo hasta convertirse en una sola voz, inmensa como los dientes de las negras, infatigable en su reiteración como el bramido de la ola: «Fidel, contigo somos uno. Cuba, Revolución y tú. Cuba y Socialismo. Cuba y Fidel.»

«Fidel, Cuba y Socialismo», recitó, y se permitió una sonrisa en su rostro. No debía fiarse, había que continuar moviéndose con lentitud.

Consiguió llegar al pasillo que llevaba al salón, la terraza sobre el jardín al fondo, las puertas correderas de cristal completamente abiertas. Paseándose entre la superficie de los muebles, el viento de la mañana jugando a crear remolinos de lo que estaba llevándose, cenizas, humos, alientos. El conjunto de vasos y botellas y hojas de hierbabuena, otro olor que agregar a los que esperaba percibir. Tabaco, azúcar, mar, aceitunas y alcaparras y algo más dulce todavía,

«Sirope, Efraín, se lo pongo a todo», le había dicho el Catire en su español de gringo. Sirope de arce, *maple syrup*, ese olor empalagoso, caramelo que no se derrite nunca, en todas partes, incluso sobre las bombillas de las lámparas para que el olor sobrevolara la habitación.

Las lámparas seguían encendidas. Decidió apagarlas y fue repitiendo el gesto y el clic en cada una. «Cuando repites algo, siempre encuentras tranquilidad», le había enseñado Óvalo en un pasado remoto, cuando dormían juntos.

Óvalo, sí, repite el nombre. ¡Cuánto habrías dado, Efraín, por haberlo inventado tú! Óvalo. Cuántas veces escuchó a otras personas decirlo. Una lámpara apagada. Óvalo. Otra. Y otra. Tu repetición. Tus ojos azules mirándole asustados en el coche grande. Tus mosaicos, Óvalo.

La claridad del sol pareció recibir la ausencia de la luz artificial como una bienvenida. «El verdadero vampiro de esta isla es el sol, Efraín», otra frase del Catire.

Y así era, su exultante resplandor se paseaba en dirección a él como un caballero que regresa de un viaje e inspecciona sus territorios para, poco a poco, volver a apoderarse de ellos. Y pasa de largo, sigue hacia sus aposentos, su tumba, su descanso, y ese andar deja una huella fulgurante. Efraín no se enfrentaba a un salón, sino a un Apocalipsis: dos sillas rotas desvanecidas frente a una puerta mal cerrada; los cuadros con fotos ampliadas del Catire ataviado de Robin Hood a punto de caer al suelo; los zapatos de hombre, italianos, el nombre en la parte interior también desvanecido por el uso, talla doce, separados en distintos puntos del sofá blanco; la mujer desnuda tendida en el sofá, como si un huracán la hubiera importado desde otra fiesta.

Pelo de china, boca de mulata, brazos de bailarina y una cintura con las manos del Catire marcadas en la piel. El pubis desordenado. Josela, la bautizaron así en algún punto

de la noche porque se había presentado como Josefa y el Catire dijo que la efe era una letra demasiado fea para ella. Los pezones estaban erectos. Las uñas de sus pies y sus manos tenían el mismo tono de rojo que la cortina del teatro Principal, como él mismo le había revelado cuando la bautizaron Josela y el Catire colocó sus manos alrededor de su cintura. Olía a alcohol y al perfume del Catire. Efraín siguió el rumbo que su mano derecha le marcaba señalándole al otro lado de la alfombra, hacia las butacas orejonas tapizadas en la misma tela blanca del sofá. Allí estaban, abrazadas, las mellizas Wilson. Claro, recordó, antes de que cerrara los ojos estaban riéndose, pidiéndole al Catire que les dejara probar su caramelo, «sólo un poquito, Catire, luego se lo enseñas a Josela», suplicaban. La más joven, «tres minutos de diferencia», se había teñido de negro el pelo para esa noche. La mano de su hermana le cubría el monte de Venus en tanto que su cabeza reposaba sobre el seno de la otra. Era demasiado cinematográfico, estaba claro que el Catire las habría dormido para luego arreglar la escena y colocarlas en esa posición.

Josela empezó a respirar mal, el cuello se le iba poniendo morado y las manos avanzaban solas y desesperadas hacia su garganta. Abrió los ojos con una violencia terrible, parecía que iba a romper a gritar. Tenía que ayudarla, estaba aterrada, el cuerpo se le volvía todo violeta. Efraín le abrió la boca y metió sus dedos en ella. Sintió algo primero duro, luego blando, como un plástico, lo apretó fuerte entre sus dedos y lo sacó de un golpe de la garganta. Oyó no un grito, sino el aire atrapado saliendo del pecho de Josela y su mirada de terror que señalaba lo que sostenía: un trozo de condón en las manos. Las mellizas ni se inmutaron, Josela se quedó un instante en el salón contemplando el suelo, las botellas en el bar y los cuadros a punto de caerse, conteniendo el llanto y el miedo.

«Fidel. Cuba y Socialismo. Estamos contigo», oyeron que insistía la radio. «Cuba y Socialismo, Fidel, estamos contigo.» Se repetían los eslóganes. «Cuando repites algo, siempre encuentras tranquilidad —decía Óvalo—. Repítelo ahora tú, Efraín», como si decirlo garantizara un final feliz.

Óvalo.

«Socialismo y Libertad. Cuba y la Revolución. Fidel, contigo hasta la muerte.»

Josela se incorporó tambaleante, intentando cubrir su desnudez con las manos, recuperando un aliento. Efraín siguió su recorrido hacia el jardín, acercándose al olor del mar sobre cada flor. Estaba gris, el mar, y la arena parecía cubierta por un tono que Óvalo, otra vez Óvalo, solía llamar pistacho caribeño. Color de tormenta, cada año se retrasan más, estamos en octubre porque el cumpleaños del Catire será a finales de ese mes. Coño, Efraín —volvió a decirse—, no sabes leer calendarios, tus fechas son sombras, marcas en el suelo, cambios en la temperatura del agua. Es octubre, OK, y es verdad, las tormentas cada año se quedan, duran más. Esas nubes que disfrutaban oscureciéndose mientras aterrizan a quienes las miran desde el suelo.

Se detuvo un instante para disfrutar del vasto jardín. Era como si todas las naturalezas del mundo hubieran acordado reunirse allí: cactus de dos y hasta tres metros, árboles frutales, mangos, plátanos, la flor del plátano a la espera de que el Catire aproximara a sus pétalos los labios de las muchachas que luego enloquecerían de placer. La colección de manzanos, algunos con sus frutas putrefactas por el invariable calor. Palmeras, cómo no, cocoteros hacia la playa. Las eternas buganvillas en un derroche de tonalidades que el Catire llamaba los «colores de la Metro Goldwyn Mayer». Todo allí, a medio camino entre el despertar y la presión de la tormenta que avanzaba.

Le pareció oír que le llamaban, pero estaba decidido a no volver. Veía al fondo, sobre el mar, el sol colocado en ese punto delante de la orilla, y sentía de verdad que le esperaba, esta vez era cierto, marcando ese pasadizo que le permitiría cruzar la isla.

Seguían llamándole: «Efraín, Efraín Rotundo, vuelva», como cuando quería abandonar el estudio de la radio. «Efraín, no me dejes», como le había rogado Tania, la ambiciosa y hermosa Tania. «Efraín, no rompas la fiesta ahora», siempre le pedía el Catire. «Efraín, por fin has vuelto», como esperaba oír algún día de labios de su madre.

«Efraín, no vayas al mar, está revuelto. Has bebido mucho...»

Pero ya estaba cerca del rayo vertical. Sentía esa neblina en los ojos que anuncia que la calima avanza sobre la isla, o quizá era su propia respiración, o seguramente esa valentía que le pedía el negro Prieto. No era necesario demostrar ninguna fortaleza nadando hacia el punto de luz, siempre había sido más rápido en el agua que fuera de ella. «Deberías haber nacido pez», le decía Óvalo. De verdad, qué rica es esta agua, se dijo, este mar que va quitándole al resacón primero las consonantes, luego las vocales. Ya estaba riéndose, ya estaba más lejos de la casa. A lo mejor alcanzaba a ver al Catire tambaleándose, luchando por contener los gritos de sus invitadas. Puede que las calmara dándoles de nuevo su ración de caramelo, ahogándoles los gritos con lametones al caramelo cubierto de jarabe de arce.

Pero él estaba en el mar. Estaba exactamente frente a la costa.

Volvió la orquesta invisible. Cómo no, siempre salía en escenas así en las películas aquella música que nadie veía, que nadie tocaba, no iba a ser menos aquí. Era como un

canto guajiro. ¡Ay, Efraín, a lo mejor estás dentro de la pantalla de verdad y te están poniendo las canciones de tu Mamá Dolores! Se rió. A lo mejor aparecía ahí, entre esas algas que venían a cubrirle, junto a esos peces amarillos y rojos que le acompañaban nadando hacia el halo de sol.

Le faltaba algo a la escena. Coño, Efraín, hasta en el último momento necesitas arreglar un diálogo. Un poquito, intentó decir tragando una bocanada de sal. Ya estaban todos, incluso la pesadilla de Mamá Dolores. Cuidado, no se deje atrapar por las olas, le arrastrarían el maquillaje y por fin todos sabrían que no es negra sino blanca. Habla como negra, pero siempre ha sido una blanca. Otra cosa, Efraín, piensa rápido, ¿qué le falta a la escena? Has visto mucho, desde el huracán, desde el hospital, desde la última tormenta que siempre hay en tu vida. Desde el último diciembre. Un nombre, que se repita un nombre. O mejor, una frase. Una última frase. OK, un nombre.

Óvalo.

Esperó quieto, las piernas moviéndose lo justo para no hundirse. Comenzó a notar cómo ese brazo, el del puño que lo arrastraría hacia el fondo, se le acercaba. Venía, le cogería por las piernas y se lo tragaría como el conejo come la zanahoria, zas, hacia el fondo.